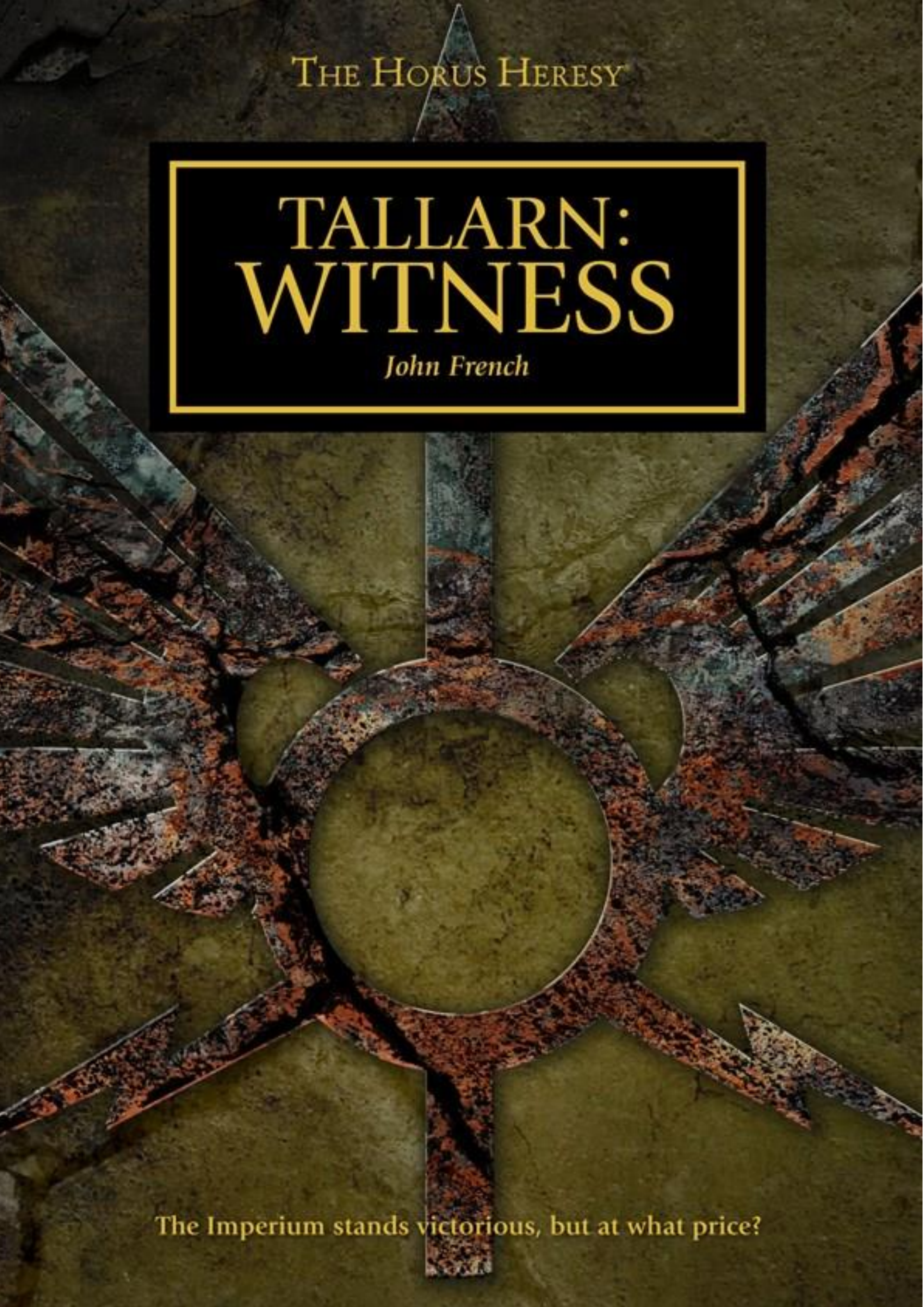

THE HORUS HERESY
TALLARN:
WITNESS
John French
The Imperium stands victorious, but at what price?



LA HEREJÍA DE HORUS

TALLARN: TESTIGO

JOHN FRENCH

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

Personajes Imperiales en Tallarn

SUSADA SYN	Gobernadora militar de Tallarn Warlord *Exentio Contritio*.
GORN	General de las tropas en Tallarn

La Legión de los Cicatrices Blancas

KALIKGOL	Forjador de la guerra o tecnomarine de los Guerreros de Hierro

El olvido es la compasión de la historia hacia la verdad del pasado.

General Elite Helicade, en su quincuagésimo primera misiva al Consejo de Terra

El último titán que quedaba en Tallarn transportaba al nuevo señor de ese mundo a través de las llanuras de polvo. Era un dios solitario. Sus hermanos y hermanas aguardaban en los cielos, recogidos en los vientres de las naves de transporte, curándose y rearmándose para la siguiente batalla. Cuando completara su última misión se reuniría con ellos, pero hasta entonces caminaba con el agotamiento de un soldado herido. El viento resonaba sobre su piel castigada por la abrasión, y le arrojaba un manto de polvo sobre los hombros. Cada unos pocos cientos de metros se detenía, temblando, los engranajes dañados y los pistones embotados resonando en su interior.

Por encima de su cabeza, el cielo era de un azul claro.

Susada Syn, el recién nombrado gobernador militar de Tallarn, mirada a través de los ojos del titán toda aquella tierra baldía.

Mi tierra, pensó, y tosió. La herida en su costado izquierdo liberó una llamarada de dolor. Parpadeó, pero no permitió que ese dolor se le reflejara en el rostro. Al menos, esperaba que no se hubiera reflejado en su rostro.

A un lado, la imponente figura de Kalikgol permanecía inmóvil, los ojos del cicatriz blanca fijos en la escena más allá de los visores del puente de mando del titán. Al otro lado, el general Gorn se mantenía en pie, su cara mortecina totalmente rígida sobresaliendo del collarín de goma del traje sellado.

Susada se pasó la mano por los cierres del cuello de su propio traje. Los agentes víricos que habían asesinado a Tallarn aún permanecían suspendidos en el aire y permeaban el suelo, y tendrían que pasar cientos de años —¿miles, quizá?— antes de que un ser humano pudiera respirar libremente en la superficie del planeta.

No había pensado que su vuelta a casa sería así, ¿pero quién podría haberlo hecho? En todas las décadas de guerra en las estrellas, siempre había tenido la certeza de que no volvería a poner un pie en su mundo natal. En Vessos y Tagia Prime

durante la Gran Cruzada, y en Caldrin después de la traición del Señor de la Guerra, y en una docena más de frentes menores: en todos esos escenarios de operaciones había estado seguro de que la muerte lo arrastraría al olvido. Pero había sobrevivido, y había regresado a Tallarn… sólo para descubrir que Tallarn ya no existía.

La cubierta se tambaleó bajo sus pies, y el dios-máquina se detuvo.

Susada dirigió su mirada a las formas inmóviles del princeps y los dos moderati. Los tres estaban cableados a sus respectivos tronos de mando. Unos visores negros les cubrían las caras, aparentemente para ocultar sus ojos de los de los demás. Susada no había visto aquello en las tripulaciones de ninguna otra legión de titanes; no le gusta, aunque no sabía por qué.

—¿Qué ocurre? —preguntó tras unos segundos—. ¿Por qué nos hemos detenido?

Los pergaminos perforados con datos impresos comenzaron a asomar de las ranuras de las consolas de mando.

Fue Kalikgol quien respondió.

—Mire.

El cicatriz blanca miraba al exterior tras el cristal blindado del ojo del titán, sus propias pupilas como negros agujeros en medio de los iris grises. Susada siguió la mirada del marine espacial, y lo vio.

El viento había despejado parte de la bruma frente a ellos, como si hubiera despellejado un pedazo de tierra. Las formas comenzaron a emerger de entre la oscuridad amarillenta. Por un segundo, le recordaron los lomos de criaturas marinas que estuvieran rompiendo la superficie de un océano. Entonces reconoció lo que estaba viendo.

Espirales de corrosión cubrían el casco del tanque más cercano, como serpientes enroscadas sobre el metal moteado. Sus orugas estaban tiradas tras él, arrancadas en el último momento antes de su destrucción. Un agujero dentado deformaba la superficie del frontal blindado. La escotilla de la torreta todavía estaba cerrada, pero el cañón parecía una rama astillada de metal ennegrecido. Pudo ver el polvo arremolinándose en su interior destripado, abierto a los mortales elementos.

Otro tanque surgió de la nube que se retiraba, las líneas de sus duras formas suavizadas por la descomposición ácida. A su lado había otra máquina más pequeña, aparentemente indemne, salvo por los dos agujeros limpios que había dejado un proyectil al atravesar su torreta de lado a lado, como si se tratara de la bala que hubiera atravesado el cráneo de un condenado.

Muchos más restos aparecieron, apilados unos contra otros o como escombros aislados. Reconoció una docena de modelos con una mirada, aunque otros no los había visto nunca. Vio los enormes cascos planos de los Storm Hammer descansando junto a los cadáveres de los Predator de las legiones y los Executioner. En medio de las ruinas metálicas acumuladas aparecían las formas de los autómatas de combate, como manojos de extremidades mecánicas. Una de las máquinas caminantes más grandes parecía intacta, su blindaje oscurecido por el fuego sin marca alguna de impactos, su puño hundido hasta los pistones en el metal rasgado del Sicaran al que había golpeado, como si se hubiera congelado al instante de haber acabado con el tanque.

La nube siguió disolviéndose, y la alfombra de metal se extendió más y más a los pies del titán.

—Las llanuras de Khedive —susurró Kalikgol.

Susada oyó cómo el general Gorn dejó escapar una lenta respiración, pero no dijo nada.

Khedive, pensó Susada. *Quizá estuve justo en este mismo punto…*

Aquel día llovió, una lluvia cálida que el viento trajo del sur, y la hierba ondeaba como las olas de un mar. Él estaba en pie, firme junto a los hombres de su regimiento, sus caras alzadas al cielo, viendo cómo los transportes de tropas descendían hacia su posición. Aquella había sido la última vez que había estado en la superficie de Tallarn, la última vez que había respirado su aire. Ahora nunca podría volver a hacerlo.

—¿Qué es esto? —preguntó al final, notando su propia voz seca en la garganta.

Miró a Gorn, pero la cara cruzada de cicatrices del general se había convertido en una máscara fija, sus ojos distantes.

—¿Esto? —dijo Kalikgol, posando su mirada gris sobre Susada por un largo momento.

Cuando el cicatriz blanca volvió a mirar la llanura de máquinas cadáveres que se extendía hasta el horizonte, sólo pronunció cuatro palabras:

—Esto es la victoria.

FIN DEL RELATO